

titud de papeles y documentos se detiene y cuenta como en años tan tumultuosos como fueron los comprendidos entre 1911 y 1926, se llega a pesar de las dificultades a crear un campo experimental agrícola en el Parque San Rafael, ubicado en el pueblo de San Andrés y San Pedro Tlaquepaque. En este establecimiento convergieron las ideas modernizadoras de la elite a través de la Cámara Agrícola Jalisciense, de funcionarios federales de la Secretaría de Fomento y del ayuntamiento de la ciudad, que a partir de 1911 crean el campo experimental, dotándolo de personal adecuado, recursos y tecnología para ser desarrollada en el interior del mismo. La institución funcionó por algunos años, pero fracasó en gran medida por las dificultades que acarreó el proceso revolucionario, en alguna ocasión fue lugar de asiento de las tropas revolucionarias. La autora hace hincapié en que muchos de los experimentos y estudios para lograr mejores cultivos de frijol, por ejemplo, y utilizar los abonos idóneos que ayudaron a descubrir la especie que mejor se aclimataba, a su vez la parasitología que estudió las plagas obligaba a leer folletos para conocerlas y prevenirlas, en consecuencia, la aplicación de experimentos en el ámbito de la agricultura fue un elemento clave para la institucionalización de la biología en Guadalajara, pues obligó a los cien-

tíficos lugareños a tomar contacto con otros espacios similares en el país como fuera de él.

En síntesis, el libro invita a la lectura, pinta varias historias y echa luz sobre rasgos desconocidos de la Perla tapatía de fines del XVIII hasta comienzos del XX.

Gladys Lizama Silva
Universidad de Guadalajara
gladysli@cencar.udg.mx

DARÍO BARRIERA, *CONQUISTA Y COLONIZACIÓN HISPÁNICA. SANTA FE LA VIEJA (1573-1660)*, ROSARIO, PROHISTORIA, 2006, 214 P.

Conquista y colonización hispánica. *Santa Fe la Vieja (1573-1660)* relata la historia de una pequeña villa que tuvo entre 70 y 100 vecinos (unos 400 habitantes), desde su fundación en 1573 hasta su traslado en 1660. Esta población estaba situada en el río Qui-loazas (hoy San Javier, afluente del Paraná) y sus ruinas se encuentran en la Argentina actual.

En los dos primeros capítulos introductorios Darío Barrera nos presenta las razones de la fundación de la ciudad y su vínculo temprano con Asunción, en el Paraguay, la primera ciudad fundada al este del continente

sudamericano. Santa Fe dependió de Asunción hasta 1618, pero en el siglo XVII adquirió mayor importancia comercial el camino entre Buenos Aires y El Potosí que atravesaba la villa y fue así como ésta pasó a pertenecer a la gobernación del puerto. El gobernador de Buenos Aires nombraba a un lugarteniente que residía en Santa Fe. La villa estaba supeditada también a la Real Audiencia de Charcas, pero no se aclara en este libro qué relaciones mantenía en general la villa con ese supremo tribunal.

Los hombres que poblaron Santa Fe provenían de lo que se llamaba en esas regiones “la descarga”, es decir, una hueste de conquistadores integrada en su mayoría por “hombres de la tierra” (así se llamaban en esos lugares y época a los hijos de españoles con indias) quienes provenían de Asunción y estaban bajo el mando de Juan de Garay, un capitán que no había logrado destacar con anterioridad en el Perú. Su objetivo era fundar una ciudad río abajo, camino a Buenos Aires. Cumplieron la misma meta los conquistadores que fundaron desde el alto Perú las demás ciudades que integrarían la provincia vecina de Tucumán. La rebelión abortada de 1580 pretendía de hecho incorporar Santa Fe a esa última provincia. Este capítulo debe leerse junto con los dos primeros capítulos del tomo III de la co-

lección sobre la ciudad de Santa Fe, en los que Darío Barrera explica la importancia de las familias y de los grupos corporativos en la dinámica social regional, así como el peso político que tuvieron el fundador y su yerno, Hernando Arias, quien fue el primer gobernador de la provincia.

Darío Barrera relata de manera muy amena en un estilo llano y agradable la organización de la ciudad y describe sus fuentes de subsistencia. Lamentamos, sin embargo, que el autor no nos ofrezca una mayor cantidad de mapas ya que fuera de la Argentina pocos son los que pueden localizar la actual ciudad de Santa Fe y menos aún los que conocen el sitio antiguo de la villa abandonada en 1660. En ese libro de divulgación porque carece de notas, el acento está puesto en el gobierno local y en los problemas cotidianos que aquejaban a los habitantes de Santa Fe. Se describen muy bien los cargos de gobierno y justicia de manera por demás instructiva incluso para los especialistas. Aparece así una serie de cargos de gobierno menores con sus respectivas atribuciones que rara vez se mencionan en los estudios de historia local, como el del “mayordomo de la ciudad” o el de “fiel ejecutor”, también se nombraban para casos específicos a “procuradores” y “diputados” de la ciudad. El autor precisa también que

contrariamente a lo que sucedía en el casco de la ciudad, la justicia dentro de la jurisdicción de Santa Fe (unas 25 leguas a la redonda) se impartía de manera sumaria. Por otra parte, esa extensa jurisdicción permitía también a los vecinos solicitar en encomienda a los indios que moraban dentro de ella.

Con base en las actas de cabildo, el autor logra recrear buena parte de la vida diaria de la localidad que dependía de la agricultura y de la ganadería para su subsistencia. Vemos por ejemplo cómo no había circulante y que el precio de los productos lo fijaba el cabildo en cabezas de ganado que equivalían a su vez a tantos lienzos, libras de algodón o fanegas de sal, maíz o frijol. El vino formaba parte de los productos básicos del vecindario y se encontraba también controlado por las autoridades de la ciudad así como también los pesos y medidas y el cobro de los artesanos por sus trabajos.

La prosperidad de los vecinos y su mejor fuente de recursos provenía de las vaquerías o caza del ganado cimarrón que se había multiplicado libremente en la provincia de Entre Ríos. Los registros de las marcas del ganado los otorgaba el gobernador, su teniente o también por el cabildo, el cual tenía que dirimir igualmente los conflictos entre vecinos por el ganado cimarrón el cual pertenecía en teoría

al propietario de la tierra en la que se encontraba. La referencia obligada al ganado para establecer el valor de las cosas (una cabeza equivalió a 1 peso entre 1620 y 1670) muestra la preponderancia de ese recurso en la economía local. Sin embargo, el autor sólo menciona a las mulas (hacia El Potosí) y a la yerba mate (que transitaba por Santa Fe desde el Paraguay hacia el Alto Perú) como los principales productos de intercambio hacia el exterior; de manera que no se comprende muy bien cómo se pueden enriquecer 100 vecinos con millares de vacas.

Habría que extrañar quizá en este libro la importancia dada a la ciudad en sí misma, reveladora de la influencia que ejerció en el autor la literatura latinoamericanista de moda. Más allá del fenómeno civilizatorio, la ciudad como lo constata Darío Barraza no existía sin su entorno agrícola y quizá tampoco sin sus relaciones con los grupos de indios. En esta conquista y colonización de Santa Fe se ignoran en buena parte a los conquistados y colonizados. Parecería que la apropiación del espacio, la transformación del paisaje y la precaria economía local impulsada por los españoles bastarían para garantizar el futuro de la ciudad. Sin embargo, la supervivencia misma de ésta como lo explica el autor fue amenazada varias veces por rebeliones indígenas. Los indios de hecho

rebasaban en número a los españoles y a los mestizos, pero por desgracia se perdieron los registros eclesiásticos de los naturales de modo que resulta imposible estimar su número y averiguar hasta dónde las epidemias afectaron a la población originaria durante los dos primeros siglos de la presencia española en América.

Había vecinos encomenderos e incluso una encomienda otorgada a la ciudad, figura acerca de la que quisiéramos saber más. Cabe añadir, sin embargo, que la cuestión de las encomiendas es abordada por el mismo autor con más detalles en el capítulo 4 del tercer tomo de la misma colección sobre Santa Fe. Recuerda mucho la legislación y su laxa aplicación en la región de Santa Fe, la situación que prevalecía en el norte de la Nueva España, donde es difícil para el historiador hacer una distinción clara entre el trato dado a los nativos sujetos a la encomienda o al repartimiento y a los indios reducidos a la esclavitud. Existen también grandes similitudes entre la Nueva Vizcaya y la provincia de Santa Fe en cuanto a las repetidas quejas de los vecinos por la movilidad de los indios, a veces voluntaria y a veces inducida por los que necesitaban trasladar mano de obra a otra parte.

Cabe señalar que Dario Barrera es al mismo tiempo director de la revista *Prohistoria* que se publica en la ciudad

de Rosario y uno de los mejores y más activos historiadores de la Argentina del siglo XXI. *Conquista y colonización hispánica en Santa Fe la Vieja (1573-1660)* y el siguiente tomo de la colección intitulado *Economía y sociedad. Siglos XVI a XVIII*, debería ser lectura obligada para todos los académicos de México que quieren saber más acerca de la historia del sur del continente. De hecho, representa una aleccionadora introducción a espacios y sucesos demasiado desconocidos para la mayoría de los estudiosos de Norteamérica. Para fines comparativos, resulta también esta investigación sobre Santa Fe a principios de la colonización de lo más interesante.

Chantal Cramausse
El Colegio de Michoacan
chantal@colmich.edu.mx

MARÍA DEL PILAR MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO Y LEONOR LUDLOW (COORDS.), *HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO: DEL MERCANTILISMO AL LIBERALISMO*, MÉXICO, IIH-UNAM, INSTITUTO MORA, 2007, 286 P.

En las últimas décadas, la historia del pensamiento económico se ha ido consolidando como una línea de investigación propia. Sin embargo, en México, al igual que en el resto de